

José de Espronceda

**"El sol"**

*Himno*

Para y óyeme, ¡oh sol!: yo te saludo  
y extático ante ti me atrevo a hablarte:  
Ardiente como tú mi fantasía,  
arrebataada en ansia de admirarte,  
intrépidas a ti sus alas guía.  
¡Ojalá que mi acento poderoso,  
sublime resonando,  
del trueno pavoroso  
la temerosa voz sobrepujando,  
¡oh sol!, a ti llegara  
y en medio de tu curso te parara!  
¡Ah!, si la llama que mi mente alumbra  
diera también su ardor a mis sentidos;  
al rayo vencedor que los deslumbra  
los anhelantes ojos alzaría,  
y en tu semblante fúlgido, atrevidos,  
mirando sin cesar, los fijaría.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡Con qué sencillo anhelo,  
siendo niño inocente,  
seguirte ansiaba en el tendido cielo  
y extático te vía  
y en contemplar tu luz me embebecía!  
De los dorados límites de Oriente  
que ciñe el rico en perlas Oceano,  
al término sombroso de Occidente,  
las orlas de tu ardiente vestidura  
tiendes en pompa, augusto soberano,  
y el Mundo bañas en tu lumbre pura,  
vívido lanzas de tu frente el día,  
y, alma y vida del Mundo,  
tu disco en paz majestuoso envía  
plácido ardor fecundo,  
y te elevas triunfante,  
corona de los orbes centelleante.

Tranquilo subes del cenit dorado  
al regio trono en la mitad del cielo,  
de vivas llamas y esplendor ornado,  
y reprimes tu vuelo:

y desde allí tu fúlgida carrera  
rápido precipitas,  
y tu rica encendida cabellera  
en el seno del mar trémula agitas,  
y tu esplendor se oculta,  
y el ya pasado día  
con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
en tu abismo insondable desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
de imperios populosos disiparse!  
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío  
secas y leves hojas desprendidas,  
que en círculos se mecen  
y al furor de Aquilón desaparecen.  
Libre tú de la cólera divina,  
viste anegarse el universo entero,  
cuando las aguas por Jehová lanzadas,  
impelidas del brazo justiciero  
y a mares por los vientos despeñadas,  
bramó la tempestad: retumbó en torno  
el ronco trueno y con temblor crujieron  
los ejes de diamantes de la tierra:  
montes y campos fueron  
alborotado mar, tumba del hombre.  
Se estremeció el profundo;  
y entonces tú, como señor del mundo,  
sobre la tempestad tu trono alzabas,  
vestido de tinieblas,  
y tu faz engréías,  
y a otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos  
viste llegar, huir, desvanecerse  
en remolino eterno, cual las olas  
llegan, se agolpan y huyen de Oceano,  
y tornan otra vez a sucederse;  
mientras, inmutable, tú, solo y radiante,  
¡oh sol!, siempre te elevas  
y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,  
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
pierda su resplandor, siempre incansable,  
audaz siguiendo tu inmortal carrera,  
hundirse las edades contemplando,

y solo, eterno, perennal, sublime,  
monarca poderoso, dominando?  
No; que también la muerte, si de lejos te sigue,  
no menos anhelante te persigue.  
¡Quién sabe si tal vez pobre destello  
eres tú de otro sol que otro universo  
mayor que el nuestro un día  
con doble resplandor esclarecía!

Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡oh sol!, que cuando el pavoroso día  
llegue que el orbe estalle y se desprenda  
de la potente mano  
del Padre soberano,  
y allá a la eternidad también descienda,  
deshecho en mil pedazos, destrozado  
y en piélagos de fuego  
envuelto para siempre y sepultado,  
de cien tormentas al horrible estruendo  
en tinieblas sin fin tu llama pura  
entonces morirá: noche sombría  
cubrirá eterna la celeste cumbre:  
¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!